



El cetro estéril.

(Los Lunes de El Imparcial. Madrid,
14 agosto 1916)

Una noche de insomnio y sin la menor molestia corporea, en pleno respiro de salud. ¿El calor acaso? ¡No, el calor no! Es el pensamiento que, desvelado, busca ideas para soltarlas apenas las roza. Y como si se dejara mecer en un oleaje de ellas.

El blanco mosaico de ciudad tendida a nuestra vista, orilla del mar y zoleándose palpita en la fantasía. Los derechos surcos de sombras de sus grandes vías dicen de gentes que se alanan, se divierten y aspiran. También la muchedumbre palpita en mosaico. Y de ella se desprende como un lusino que transcende a sementera. Esa muchedumbre quiere vivir y no tan sólo se resigna a ello.

Vueltas y más vueltas en la cama sin poder pegar ojo. ¿Será verdad, Dios nuestro, que quiero salvar en mi alma a esta alma de mi pueblo que no quiere salvarse? ¿Y cuál es mi pueblo? ¿Es él mío o soy yo de él?

He forjado mi verbo con su verbo, pero ¿me entiende? Tal vez los que hemos intentado sacar de los soterranos de ese verbo las posibilidades allí desde siempre ocultas hablamos una lengua y un estilo extranjeros a nuestra patria. Aterrado ante el aguadujo de lugares comunes y de frases hechas que cuadra el embuste de nuestra expresión colectiva he pensado a menudo si no es que fuera de Castilla sea donde mejor se comprenda el castellano.

Querer hablar al mundo a nombre de nuestro pueblo cuando éste no quiere hablarse sino a sí mismo!

Pasó Cortés una noche triste, al pie de un árbol, aquel maravilloso peregrino Cortés, que encalmaba y apaciguaba a las muchedumbres belicosas de los aztecas hablando en una lengua que no entendían. ¿No le entendían realmente? La letra, no, pero la música, sí. Tenía un verbo de conquistador el que hizo la locura heroica de quemar las naves de regreso. Pero esta noche de desvelo no ha sido una noche triste. No puede asentarse la tristeza sobre la palpación del blanco mosaico de la ciudad tendida a orilla del mar, con sus pies en las olas azules y la cabeza recostada sobre los brazos cruzados que descansan en los tesos verdicillos de pinareca. No; tristeza, no, pero desasosiego.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

¿Se salvarán nuestras intenciones en la memoria del hombre Dios, que es la historia? ¿Pero es que tenemos intenciones? ¿Y si se que las tengo? ¿Tenemos algo que decir?

Es tragica la soledad del que piensa en España por España, y con verbo español mas para el mundo. ¿Pensamiento de exportación? — parecen decirle—. ¡Extranjerismo! Lo castizo es pensar—si es que es tal—para dentro, para que sólo puedan entenderlo bien los de casa. Todo lo demás son deformaciones y falsificaciones. Así, en arte; así, en literatura también. Diríase que aspiran a ser incomprendidos. Y ello es porque no se comprenden a sí mismos.

¿Antieuropeísmo? Menos mal si ello quisiera decir la conciencia, por brumosa y vacilante que fuese, de un valor fuerte frente al valor Europa, de una intención que sobrepaja a la intención europea, de un anhelo de abrir otro sendero a las estrellas. Adán, el Adán español de «El Diablo Muerto», se hace muy grande cuando, haciendo tabla rasa de la Historia, se pone heroico troglodita, junto a una charca del páramo, y mirándose en ella se plantea los problemas genésicos, y entre ellos el del pecado original, como si nadie ante él hubiese pensado, como si él, Adán, fuese el Verbo por quien se hizo el mundo. Ser así antieuropeo es acaso querer salvar a Europa para luego salvarse en ella. ¡Pero no, no es así!

Es el otro antieuropeísmo, el del recelo, el defensivo. Es el que no quiere superar, sino tan sólo no ser superado.

En la posición que aquí se toma respecto al íntimo conflicto que desgarró las entrañas espirituales de Europa, ¿no hay acaso un profundo desinterés por la europeidad? Porque si nada importa aquí en general el hondo conflicto mismo, nada su esencia y su sustancia. Hay quien al ponerse de un lado se pone en rigor contra las dos partes. ¡Y no por trascender en intención de ellas, no! Lo que no quiere el desespíritu estepario es que nos fuercen luego a determinarnos intencionalmente a tomar puesto en la marcha a otra vida. Lo mejor sería que nos dejaran en paz y dejados de la mano del Hombre Dios, y si así no puede ser que nos metan en fila y nos marquen la dirección y el compás del paso. Porque hay quien quiere ser llevado para poder mejor dormirse en el camino y conservar la libertad del sueño. Del sueño sin ensueños casi siempre.



¿No es la nuestra también una noche de insomnio en el sueño que es nuestra vida? Pasamos desvelados el sueño de la vida, y sin soñarla ni vivirla. Y para expresar ese insomnio basta un caló cualquiera; el académico, por ejemplo. En el que se habla y escribe por una especie de doloroso deber de parecer civilizados. Es menester que haya literatura, como es menester que haya es cándalo; mas ¡ay de aquellos por quienes vinteral

No, no creemos ni en nuestra retórica. Su brillantez, su pompa, su chisporroteante artificio es un secreto a voces. Y si alguna vez parecemos querer imponerla es para convencernos a nosotros mismos de su valía y su eficacia. Son bostezos las explosiones de esa retórica.

¿Tenemos algo que decirnos? Porque si así fuera, se lo diríamos a los demás, haciendo para ello nuestra lengua. Una lengua viva y no un caló oficial, el caló de la retórica del bostezo. Cuando no del ronquido.

El insomnio provenía acaso de cierta recóndita irritación porque me propusieran las cuestiones que creo tener yo solo derecho a proponerme las a mí mismo. Me escuece y desasosiega que se me levante la Estirpe y con burlesca sonrisa de piedra me arroje en cara los enigmas que me ausubran en el poso del alma. ¿Qué derecho tienen ellos a sorprender mis tropiezos?

Pero es mejor, pues así se prueba mi fe. Cuando flaquea, robustécese y se enciende frente a las amables sonrisas de los negadores.

Y no se puede decir nada de esto más claro. Y no por respetos políticos ni por discreciones patrióticas, no; sino porque más claro no sería ya otra cosa que embustera estridencia y pábulo de disputas baldías. No sería ya verdad. En un insomnio fecundo no se fantasean programas ni plataformas retóricas, sino que todo pasa en brumas y en conatos.

Es trágica la soledad del español que se pone frente a Europa, cara a cara con ella y no dándole las espaldas, y ve que sólo le entienden, lo que se llama entenderle, los que de un modo o de otro le traducen. Y piensa al al apelo redondo de su boca no les suena



a un qalib' agudo como un taladro. Y los nuestros, los que llamamos y acaso creemos nuestros, nos desacomulgan cuando nos servimos de nuestro verbo común para hablar con él a todos, incluso los demás. Quieren una palabra que sólo se entienda en casa. Los otros, los incircuncisos, no tienen derecho ni a las migajas de nuestro Verbo.

¡No se ha querido de veras imponerlo, no; no se ha querido imponerlo de veras! En vez de hacer de él un verbo imperial se ha hecho un caló imperioso. Y aun menos que un caló, una germanía, una jerga de lugares comunes y de frases hechas. En vez de ir con la rama en la mano, llena de fronda y de hojas jugosas, y de corteza y aun de brotes, la descortezamos y pelamos y descuajamos, y hemos hecho de ella un cetro, esto es, un palo que no verdece y que no se puede plantar en tierra como un esqueje. Porque plantad un cetro, sea de encina o de laurel o bien de almendro o de olivo, y estad seguros de que no prenderá ni os dará ramas para coronaros o frutas para regalaros. Los cetros ni florecen ni arriuchuan. No son como la vara de José. Y se puede llevar a las almas con una rama de laurel o de encina, o bien de almendro o de olivo, sobre todo si tiene fruto; pero no se les puede llevar con un palo. Y un cetro no es más que un palo, y ni siquiera una cayada de pastor.

Pero cogeré mi palo, el que me han dado, y me lo clavaré en las entrañas para que enraíce en ellas y chupe mi sangre y se vista de corteza que eche brotes y luego ramillas y hojas y flores y frutos. Quiero que se haga un árbol el palo que me han dado, y que ese árbol viva en la selva, mezclando sus raíces y sus ramas con las de otros árboles, y que sus hojas canten al toque del mismo viento que hace cantar a las hojas de los otros árboles. Bajo su copa dormiré mi memoria.

¿No os parece, hermanos de verbo, que en vez de enarbolar y esculmir el cetro pelado sin corteza, ni ramas, ni hojas, ni flores, frutos haríamos mejor en clavarlo en las entrañas y hacer de él un árbol? ¿Podremos llegar a las propias entrañas desta mé me echar el cuerpo adelante y tratar de alarse a codazos y a trompicunas.

Miguel de UNAMUNO

Barcelona, 9 de agosto de 1916

